PRADERAS SOLEADAS
Y OTROS POEMAS



Ministerio de Instruccion Pública y Previsión Social

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

Colección de Clásicos Uruguayos

Vol 120

Andrés Héctor Lerena Acevedo

PRADERAS SOLEADAS Y OTROS POEMAS

Preparación del texto a cargo del
Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional

ANDRES HECTOR LERENA ACEVEDO

PRADERAS SOLEADAS

Y OTROS POEMAS

Prólogo de
GISELDA ZANI

MONTEVIDEO
1967

PROLOGO

" melancólico varón varonil"
Pablo Neruda

Si alguna utilidad puede tener el que yo escriba este prólogo, ello quizás pueda consistir en el aporte de un testimonio ambiental Esto no tiene mayor importancia para la valoración estrictamente específica de una obra, pero cuando obra y vida se dan en tan estrecha unidad de tiempo, lugar y experiencia como las de Andrés Héctor Lerena Acevedo, la "pequeña historia" se vuelve factor suficientemente gravitante para la suma de imponderables con que es preciso contar para asir la totalidad humana del hecho

En uno de los testimonios sobre el verdadero ser de la poesía que se han escrito con mayor profundidad y alcance, Albert Béguin [1] dice "El poeta es el hombre que expresa en su canto, y por medio de una magia especial, su diálogo con el universo, pero es sobre todo el hombre que asocia la exploración de lo real con ciertas esperanzas, y esto de tan estrecha manera, que el camino de su conquista personal o el calvario de su propio fracaso se confunden con la elaboración misma de su obra"

Quizás el lugar exacto para esta cita no fuera el que le doy, como para justificar el decir que es posible que una

---

1 Albert Béguin *El Alma Romántica y el Sueño* Mexico-Buenos Aires, Ed Fondo de Cultura Económica, 1954

niña de cuatro años haya visto, en 1913, a un estudiante de dieciocho, domiciliado en la calle Paysandú que continuaba, a dos cuadras de distancia, la suya de Cerrito, que éste le haya sonreído y que esa sonrisa haya contado entre las primeras que le dieron la intuición de la belleza y, por lo tanto, del amor, también es posible que no lo haya visto sino en algún otro lugar, o nunca Pero es seguro que ambos, con la mirada paralela de los niños y los poetas, hayan mirado algún atardecer, algún amanecer, algún rutilante mediodía y seguramente algunas mismas jarcias, algún deslizarse de velámenes o de anchas chimeneas como a través de las azoteas bajas de esa vecindad portuaria, cosa que todavía hoy, en las últimas estribaduras de la querida Ciudad Vieja, puede hacerse —y se hace— en nuestro Montevideo

También puede ser que no haya sido ese el lugar del ignorado encuentro, aunque sí el de la misma experiencia Puede ser que la niña, enviada todas las tardes al Prado a "fortificarse", (y en realidad a crecer en cuanto a aptitud de contemplación) se haya cruzado allí con un joven pálido y bellísimo que llevase algún libro en la mano a la hora precisa en que a ella, a través de la servidora acompañante, le habían ordenado volver en el "2" antes que "cayera la humedad", como entonces se decía Y quién sabe si no fue con una pareja —una pareja de extraordinaria personalidad física y refinado atuendo— con quien la niña cambiara una de esas miradas que pueden definir la orientacion estetica —¿y por qué no la ética? — de toda una vida.

Y esto habría podido ser en el Rosedal neoclásico donde el perfume y los desatados colores de las rosas carnales se sometían a norma mediante las instructivas etiquetas de nomenclatura botánica que podían dar apariencia didáctica a aquella orgía.

El proceso de esa posibilidad duró siete años en 1920, a los once de edad, la niña era llevada a Europa y el poeta moría, a los veinticinco, en la casa del Prado.

Todo eso *fue* cierto, independientemente de la conciencia del encuentro mismo Porque las circunstancias estaban dadas y porque la niña (es *ella,* y no *yo,* quien recuerda) sigue recordando, sigue ambulando en aquel ritmo alegre de tranvía con todas las ventanillas abiertas y recordando, recordando, poniendo de nuevo en el corazón, cada uno de aquellos eucaliptus que todavía están ahí en la acera de enfrente del Rosedal, aquella casa desaparecida, de los Behrens, con los canalones del techo chorreando glicinas en vez de agua sobre la doble escalinata, y más alla la otra donde vivían los Piera Muñoz, tan revestida de "enamorada del muro" como la de enfrente — Lucas Obes 92 — toda ella verde de esa enredadera en verano, y recubierta, además, de rosas, con sus dos pisos, su holgura evidente (algo más rica que las casas coloniales de bajos, del centro, del Cordón, de la Aguada, ya un poco relegadas a menor largueza de vida) pero sin una sola extravagancia, sin una sola jactancia de estilo arquitectónico que denotara el bien demasiado copioso y demasiado recientemente adquirido. Al contrario· la enredadera era como un símbolo del pudor de la exis-

tencia de esas familias cuya escala de valores excluía toda manifestación de utilitarismo si se podía vivir mejor que otros, había que estar a la altura de ese privilegio y *ser mejor*, en gustos, en sentimientos, en desprendimiento que no cabría adjetivar como "elegante" sin evidente redundancia El Prado conserva aún hoy algo de ese carácter externo tan afín con las líneas de fuerza de la existencia familiar de una época inmediatamente vecina de la primera guerra mundial — en realidad nuestra "entre deux guerres", puesto que fue el período comprendido entre el fin de nuestras luchas civiles y el de la conflagración del 14 lo que permitió la instauración de ese estilo de vida — que se evadía de los rigores y las estrecheces de la ciudad naciente, colonial, portuaria y comercial, y se "suburbanizaba" en forma de residencias amplias (hubo, antes, un primer período más palaciego, de más vasto parque propio, pero eso se produjo solo excepcionalmente) que se establecían, como de común acuerdo, mirando hacia el Norte, hacia el interior del país, junto a los caminos por donde llegaban hasta la ciudad no solamente los ecos, sino los productos mismos, con sus conductores, de la campaña nutricia Estas quintas no eran enormes sus jardines alcanzaban, excepcionalmente, una manzana de extensión, pero lo corriente era una extensión de un cuarto, un sexto, de manzana lo suficiente para que hubiera en ellas sombra propicia al recogimiento contemplativo, sol para los movimientos infantiles, áreas donde la jardinería cediera el paso a cierta economía micro-agrícola, micro-avícola que permitía escuchar clarinadas de gallos al

alba y traer a la mesa bien guarnecida deliciosas "ambrosías", pingues "tocinos del cielo" derivados del gallinero que algún Arbol del Paraiso semi-ocultaba Tal la quinta —con alto mirador y todo— que la familia Estrázulas, al conocer la búsqueda a que se enfrentaban con urgencia los céntricos Lerena Acevedo, debido a la enfermedad de su hijo Andrés Héctor —todo un talento ¡y tan buen mozo!— les cedió a éstos en un gesto de elegantísimo sacrificio, puesto que sus cinco habitantes se dispersaron para que los Lerena pudieran ocupar, con todo el apremio que exigía la dolencia, aquella casa la de la calle Lucas Obes Nº 92

De todo el barrio que se había venido formando entre la hoy Avenida Agraciada —y que nosotros conocíamos como "calle Agraciada", simplemente— la calle Lucas Obes era la más próxima al Prado, al Sur Al Norte era el Camino Castro En forma casi geométrica el Prado era, para Andrés Héctor Lerena Acevedo, el espacio vínculo y el espacio separación de la que eligiera para amar entre todas las que ansiaban que él las amara Porque así sucedía, exactamente. De las dos hermanas nacidas en el hogar del doctor Don Andrés Lerena, abogado, hijo de Avelino Lerena, poeta y novelista menor que había sido Ministro de Hacienda del Presidente Oribe en el Cerrito, y Paulina Acevedo, hija del codificador Eduardo Acevedo, hermana del historiador del mismo nombre y prima hermana del novelista Eduardo Acevedo Díaz, sólo una vivía Josefina, más tarde señora de Blixen Raquel, la menor, había muerto a los cuatro años de edad

Josefina Lerena Acevedo tenía muchas amigas Bella y culta, bien emparentada, reunía en su torno a todo un enjambre de "muchachas en flor" con parecidas cualidades todas ellas, según lo saben los allegados a ese círculo familiar, caían prendadas del adolescente que ya a los cinco años de edad había ganado uno de aquellos célebres concursos de belleza infantil que se realizaban dentro de la todavía sencilla sociedad montevideana El era amable y gentil con todas Pero ese "bel indifférent" las desesperaba un poco por aquél característico retraimiento que hacía que, al mismo tiempo, no tuviera amigos íntimos frecuentaba a muchos hombres de su edad, pertenecientes a lo que constituía una élite social-universitaria de su tiempo Y algunos eran bastante menores que él, camaradas de su hermano el Dr Arturo Lerena Acevedo, así como otros le sobrepasaban bastante en edad Entre ellos se recuerda a Agustín Minelli, Martín Echegoyen, Fructuoso Pittaluga, Carlos Quijano, Félix Boix, José María Arocena Blanco ¿Qué nuevas confirmaciones sobre la belleza de ese carácter no podría proporcionarnos una investigación hecha a través de los que aún viven? Desdichadamente, algunos se han ido como él entre éstos figuraba uno que fue quien más acompañó, peligrosamente, pues el contagio era amenazante y determinó más de un abandono, el Dr Agustín Ruano Fournier

La afectividad de Andrés Héctor Lerena Acevedo se caracterizó siempre —los testimonios vivos son numerosos— por una infinita suavidad. sus íntimos saben que nunca se enojaba Pero este no era un rasgo que procediera de una

blandura psicológica, sino que procedía de una infinita capacidad de comprensión, manifestada no sólo en su conversación entretenida y elocuente, de tono rítmico y mesurado, sino también en su concepción del derecho, cuyo estudio proseguía con verdadera pasión, según el testimonio de las palabras que el Dr Carlos Quijano pronunciara en el acto final de la muerte del poeta, en nombre del Decano de la Facultad de Derecho, Dr. Cremonesi, de los estudiantes del Centro de Derecho, y del Centro Ariel

> " hizo severas las horas de su vida de estudiante "por el calor de humanidad y la sustancia ideal que "presto a la rigidez de las leyes Esa es la subyugante "enseñanza que nos dejo su paso por el aula el «va "lor humano» que incorporo a su labor, poderosamente "orientada a la conquista del Bien"

y, más adelante, continúa Quijano

> "Y fue asi, por la ahincada persecucion de belleza que "siempre lo inquietó, por la pulcra realizacion artistica "de su verso, por la aristocrática donosura con que "manejaba el idioma" [2]

Este testimonio, a la vez que nos muestra el carácter moral y afectivo del poeta, nos da fe de que en esa época, todavía cercana, la demagogia no había comenzado a corroer la clara etimología de las palabras

Los testimonios familiares añaden, a los rasgos antes señalados, otro, concurrente una sensibilidad especialmente

2 "Ariel", Año II, Nos 13 y 14, Setiembre y Octubre 1920

piadosa para con lo pequeño, humano o simplemente natural. Dicen que siendo niño tenía una inmensa piedad por las hormigas, doliéndose de que las gentes las pisaran "sólo por ser tan chicas". ¿Como no habría de ser hombre de un solo amor, de un viril pero casto, viril pero fundado en pureza, amor por una sola amada?

Aquí se plantea una alternativa a quien escribe esta evocación ¿debe seguirse adelante con esta relación de anécdotas, o debe entrarse de lleno a un analisis valorativo de la obra del poeta? La vacilación dura un solo instante, porque vuelve el recuerdo de las palabras, citadas al principio, de Albert Béguin " el camino de su conquista personal o el calvario de su propio fracaso se confunden con la elaboración misma de su obra" Y si hay algo indudable, es que la culminación de la experiencia amor muerte es, a la vez, la culminación de la creación poética en Andrés Héctor Lerena Acevedo

Así como quedan en pie los árboles de la vieja casa donde el poeta tenía, en su mirador, su cuarto lujoso y acogedor, al decir de alguno de quienes le lloraron en nuestras revistas literarias,[3] así deben quedar en el aire, con su

3 ' un cuartito lujoso y tibio, como convenía a su espíritu, una ventana al norte y otra al este " Pegaso' Año II Nº XXVII, Setiembre de 1920 (Podemos imaginar ese 'cuartito', libre todavía de las funestas consecuencias mobiliarias de los fastos diaghilewianos, que recién hacia 1922 invadieron con todo su furor de flecos rasos negros, copiosidad de almohadones llenos de galones dorados y opulentos dibujos entretejidos, bordados, o aplicados así como su curioso complemento, los muebles "Jacobean" — ahumados y salomónicos —, los hogares montevideanos Hasta 1920,

fuerza de vivencia de amor, aquellas entrevistas del Rosedal, al atardecer, a veces en invierno, con aquella de quien se calla aquí el nombre. Su imagen lo acompañaba no sólo en la evocación nostálgica y en la aceptación estoica de la ausencia, sino en cuatro o cinco retratos que se encontraban en su cuarto Al parecer, esas entrevistas precipitaron el fin La madre intuía, desesperadamente, el mal que podían hacer al poeta esas salidas en el clima inseguro de Montevideo, por más al Norte que se estuviese más que el médico, quien quizás sabia que ningún cuidado podria ya haber mejorado aquél estado de salud y que no daba importancia a ese hecho El sacrificio se iba consumando y la poesía se alimentaba de él ¿No provoca esto un terror sagrado? ¿No obliga a inclinarse de nuevo sobre el abismo de la relación existencia-poesía?

La enfermedad, que se había manifestado como simple secuela de aquellas terribles grippes de la post-guerra ("es-

---

a pesar de ciertas fugaces y vagas novelerías por el estilo "liberty" (también llamado "art nouveau") las casas de la gente elegante, en Montevideo, tenían, en materia de mobiliario, dos tendencias la que consistía en la fidelidad a los viejos muebles coloniales —tendencia escasa, ya que éstos se relegaban muchas veces a aposentos interiores— y otras dos, más abundantes estilos ingleses clásicos para comedores y escritorios, estilos franceses no menos clásicos ("bois doré" y tapicería de Gobelins o Aubusson) para las salas En el "cuartito lujoso y tibio", el poeta fue visto por primera vez por uno de sus sobrinos muy pequeños, que actualmente recuerda esa escena vivamente, ya enfermo, muy elegantemente ataviado con el atuendo estival favorito de los jóvenes de entonces "blazer" con los colores de alguna célebre universidad inglesa —en este caso anchas rayas granate y azul marino— y pantalón de franela blanca o gris claro)

pañolas" o no), como una pulmonía contraída una noche en el puerto, mientras Andrés Hector y otros miembros de su familia se dirigían a Buenos Aires a presenciar las bodas brillantes del primo argentino Carlos Alberto Acevedo, se revelo violenta, despiadada ya en esa primera manifestación fue brutal Andrés Hector Lerena Acevedo no pudo desembarcar en Buenos Aires Algunos de los suyos se quedaron con él a bordo, regresando esa misma noche a Montevideo De ahí a la declaración de la dolencia definitiva pasó muy poco tiempo En ese momento la familia Lerena Acevedo pasó del centro de la ciudad a la casa del Prado No es necesario glosar el encanto de aquél ser sobre el cual todos convienen en que, si sus poemas, si las palabras pronunciadas por él en un homenaje tributado cuando apareció su único libro dejan un retrato espiritual, cabal y sumamente verídico, sus retratos físicos, quizás por las tecnicas todavía insuficientes de la fotografía en ese tiempo, están lejos de reflejar la belleza alta, palida, de cabellos rubio oscuro, de facciones muy perfectas y, sobre todo, de una inefable sonrisa que quienes le conocieron afirmān en contrar de singular parecido con la de su hermana Josefina Una sonrisa muy Acevedo, decimos nosotros, que siempre fuimos impresionados por una presencia sutil que está en la sonrisa de muchos miembros de esa familia

Parece llegado el momento de tratar de describir la historia de la vocación cultural de ese ser tan normal y a la vez tan de excepción, ya que la de su vocación poetica pro piamente dicha se encuentra, como siempre, entretejida en

la trama vital de aquel a quien tratamos de representar en su verdadero ser

Todos los hijos, en número de seis, de Andrés Lerena y Paulina Acevedo, recibieron una cuidadosa educación Otro hermano (mayor que él, Jorge) también murió a su edad 25 años Viven ahora Raúl, refinado arquitecto y sabedor de arte, Josefina Lerena de Blixen quien tiene en su haber varios libros de raro tenor en nuestras letras femeninas, el del ensayo aforístico, y Arturo, abogado, hombre muy culto y reconocido experto en economía y finanzas No podemos olvidar aquí, como estrechamente vinculado a la existencia permanente del poeta, a su sobrino Hyalmar Blixen, escritor, Director de una Biblioteca Municipal de Montevideo, a quien se deben no pocos de los datos que han hecho posible esta empresa nuestra de ahora

Andrés Héctor se educó — educar no era, entonces, sinónimo de impartir información cuantitativamente, sino de preparar a cada uno para el desempeño del papel social que le correspondería más tarde — en el Colegio privado que dirigía Mrs Ayres en la calle Buenos Aires de esta ciudad Allí, muy niño, aprendió perfectamente el inglés, que ya dominaría, más tarde, cuando se realizara el infaltable viaje a Europa que toda familia desahogada y culta, en el Uruguay, juzgaba ser un complemento necesario a la formacion de sus hijos De allí pasó al Colegio que, en el Camino Millán, dirigía la Srta Magdalena Daquo Preparó el ingreso a Enseñanza Media con María Viera, hermana de Aurelia, célebres ambas como enseñantes. Fue un alumno sobresa-

liente En Secundaria fue objeto de especial aprecio por parte de alguien a quien todos reconocen como un profesor "difícil" Osvaldo Crispo Acosta (Lauxar) quien veía en él a alguien que debía destinarse exclusivamente al cultivo de las letras, raro elogio, rara direccion en alguien tan exigente

Ya antes, durante el viaje a Europa realizado por la familia cuando él tenía doce años, quienes le rodeaban —y todos ellos estaban en condiciones de realizar una apreciación exacta— habian comprobado la profunda atracción que el niño aquel experimentaba ante los hechos artísticos Compañero obligado de su hermana Josefina en todos los paseos de ésta por las capitales europeas, especialmente en París —donde se dilató la estada— Andrés Héctor había llegado, tan tempranamente, al conocimiento cabal y a la admiración vivisima por los museos, las estatuas, los edificios, el "paisaje cultural", en fin El llamado al arte se había hecho presente

Curiosamente, el primer poema que Andrés Héctor da a conocer a los suyos, de 1912, a la vez que expresaba sentimientos tiernos se asociaba a una "presencia" artistica un niño lloraba *ante la estatua* de su madre muerta Desdichadamente, ese poema ha desaparecido Meditemos un instante en esa extraña inserción de la estatua, dentro del cuadro naturalista que podría haber surgido de la simple evocación del sentimiento de un niño ante la muerte hay aquí un elemento que la psicología actual del arte podria encontrar onírico, en todo caso, se trata de una elaboracion poco común

Una fotografía todavía muy fresca nos muestra el estrado y el publico de un homenaje a Andrés Héctor Lerena Acevedo llevado a cabo en el Paraninfo de la Universidad de Montevideo un mes después de su muerte En el estrado, figuras tan destacadas entonces como las de Hugo Antuña, Juan Carlos Gómez Haedo, José G Antuña y el espléndido Julio Raúl Mendilharsu, rodean a María Eugenia Vaz Ferreira, por cuya causa, según se cuenta, debido a un marcado distanciamiento entre ambas poetisas, se retiró del acto, lamentablemente, la ya ascendiente Juana de Ibarbourou En el público, la compacta presencia de selectas personalidades, con una curiosa —y muy elegante— mayoría femenina ¿Qué sentimientos, qué valoraciones pesaban en aquellas adhesiones a la memoria del poeta?

El tono de los comentarios publicados por las revistas literarias o universitarias de la época pone el acento mayormente en el matiz elegiaco se llora al amigo, al joven, a la "persona" desaparecida Se tributan elogios al poeta que tienen más que ver con una adjetivación moral —la pureza, el "idealismo" es lo que más se elogia en ellos— que con una valoración verdaderamente artística, verdaderamente poética de su obra. En un solo momento aparece el esbozo de un juicio valorativo que todavía hoy mantiene su vigencia [4] Creo que todo esto, además de provenir del

4 ' emprendió con ardor la búsqueda ansiosa de las palabras expresivas, musica y color y sugestión, y por lo empeñosa de esa busqueda suelen mostrar sus versos una prodigalidad verbal excesiva y retórica, un dejo de arcaísmo artificioso, pero hay también

"tono" de la época misma, se debe a la falta de perspectiva con que pudieron ser estudiadas las etapas del proceso poético de Andrés Héctor Lerena Acevedo Es preciso no olvidar que en el momento mismo en que se llora la desaparición del autor de *Praderas Soleadas*, su único libro, publicado en 1918, a los veintitrés años —y el moria dos años después, en 1920, a los veinticinco— se conocen sus poemas póstumos Es seguro que Gustavo Gallinal habrá comprobado, al leer esos poemas, la desaparición de la excesiva carga retórica reprochada por él al poeta, y la floración plena, llana y conmovedora de las "palabras vivas" cuya presencia se hacía sentir entre las excesivas exigencias verbales de los poemas del libro Y es este proceso de profundización, de liberación de la expresión existencial en el poeta, lo que deberemos analizar si queremos ser justos con su memoria

Desde su pie de imprenta, el libro nos plantea una interrogante "Mayo-Agosto 1918", ¿querrá decir, acaso, que todos los poemas que lo componen fueron escritos entre estas dos fechas? De ser así, estaríamos ante un caso absolutamente excepcional de fecundidad literaria Nos inclinamos a creer, más bien, que ese trimestre marca el período comprendido entre la entrega de los originales y la publicación

hallazgo de palabras vivas, que filtran la luz interior del alma la fusión amorosa de la imagen la idea y la palabra que es el don no aprendido de los que nacen poetas Gustavo Gallinal en el discurso pronunciado en el recordatorio llevado a cabo en el Cementerio Central al año de la muerte del poeta (Publicado en "Ariel", en el Nº citado en la nota 2 En ese acto habló también el recientemente fallecido Doctor Luis Giordano, entonces bachiller)

del volumen, y que los poemas provienen de distintas, aunque muy breves, etapas de producción Personas de la familia de A H Lerena Acevedo afirman que el primer poema conocido por el círculo íntimo era de 1912 Seis años después aparecía *Praderas Soleadas* Aún así, el plazo es muy breve para una producción dentro de la cual tiende sus líneas de fuerza una temática discerniblemente estructurada, y se mantiene un tono estético que no tiene nada de casual o improvisado.

Son varias las aparentes contradicciones de este libro singular en nuestra literatura de esos años. el epígrafe, tomado de *El Tesoro de los Humildes*, de Maeterlinck (autor que hacía furor en ese momento aquí en el Uruguay) postula una vuelta a la oscuridad romántica, a un bucear en fondos insondables de lo que ahora llamaríamos el inconsciente por lo menos demuestra cierto grado de desesperación ante las tensiones entre lo subjetivo y lo objetivable Es esta, con todo, una preocupación demasiado inherente a la condición misma del creador artístico, para que nos obligue a aceptarla como una postulación estética definida Es mas sensato escuchar al poeta mismo en las palabras de su prólogo, en las cuales define sus poemas como "memorias", esto es *experiencias,* aunque "trasunto de algún idealismo lejano" Pero es, sobre todo, en las palabras que él mismo pronunciara en un homenaje que se le tributó al poco tiempo de aparecer su libro, donde podemos asir mas fielmente las motivaciones del poeta. "¿Cómo deciros que estas *Praderas Soleadas* que yo he articulado honradamente

un poco de sol vendando una vieja tristeza, un poco de viento exaltando una fresca alegría como se puede flagelar la vela descorazonada de un navío, algún astro piadoso, allí, en el mismo azul del horizonte donde habíamos enterrado un recuerdo, cómo deciros que estas *Praderas Soleadas* las hemos sentido todos en algún momento de nuestra vida, y que, tal vez las mejores, *las más sonantes de músicas,* sean las de aquellos que nunca nos dicen nada, las de aquellos que se van sin nunca abrirnos el alma, *bien por una refinada indolencia del espíritu* o porque las palabras, como acontece con las cosas demasiado íntimas, se les quedan sollozantes en los labios al querer transfundirse en la brisa cristalina? Festejemos, pues, nuestros genéricos e individuales ensueños, las praderas internas y soleadas de todos los que aquí estamos en esta hora de expansión en el correr indiferente del tiempo, hasta que un día, *no sabemos si de liberación o de tristeza,* nos vayamos sin retorno, como puede irse un pajaro, con las alas tendidas!" [5]

De manera muy curiosa, este documento de primera mano —puesto que se trata de sus propias palabras— parece referirse mucho más a la segunda etapa de sus poesías, las que aparecen sólo después de su muerte, que a la primera,

5 Palabras citadas por el escritor cubano Joaquín R Argote, en una conferencia que éste pronunciara en La Habana en 1937 y reproducidas en la Revista Nacional' (Ministerio de Instrucción Publica, Montevideo Año I Nº I, Enero de 1938) En esta conferencia se sostiene un error, se dice "A los *dieciocho* años escribió Andres Héctor su primer (sic) libro ", confundiendo, sin duda, la fecha de publicación —1918— con la edad del poeta, que era entonces de veintitrés (Los subrayados son nuestros)

la de las construcciones deliberadamente eglógicas, marinas y pesqueras, decorativamente monásticas, en su formulación un poco externas, la de *Praderas Soleadas* Volvamos al prólogo del libro y encontraremos en él una reacción· una reacción de salud contra los decadentismos de esa época tan pródiga en una utilería exotizante —exotizante tanto en el tiempo como en el espacio, pues tanto da sólo cantar ninfas y sátiros como vivir imaginariamente en un París que no se vacilaba en hacer rimar con "nariz", con tal de nombrarlo— y en un afan ciertamente ingenuo de presentarse como perversa y decadente A H Lerena Acevedo es ahí claro y tajante bien pudieron sus palabras ser como glosa del celebre "ni soy un ave de esas del nuevo gay trinar"

Andrés Héctor Lerena Acevedo, en sus cortos años, había acumulado varias experiencias intelectuales, aparte de todo lo que pudiera darle, o crecer en él, el destino poético A los veintitres años, edad en que publica su libro, ya era un aventajado estudiante de Derecho que habia escrito varios ensayos sobre Derecho Civil Después de su muerte fueron encontrados algunos esbozos de una *Historia del clasicismo literario* Su actuación estudiantil fue, sin duda, destacada, ya que aun encontrandose enfermo, fue nombrado Delegado de la juventud estudiantil uruguaya a un Congreso en la Argentina al cual no pudo asistir Es decir, se trataba de alguien con propósitos conscientes y definidos sobre la orientación de la propia vida intelectual No le faltaban, además, buenos consejeros. El primero de ellos, el más im-

portante, fue seguramente Julio Lerena Juanicó, su primo mucho mayor, puesto que, nacido en 1880, le llevaba quince años A éste fue a quien el poeta dedicó *Praderas Soleadas*, seguramente admiraba la prosa, elegantísima, de su pariente y la soltura feliz de su escasa, aunque destacable, poesía De este ilustre abogado y periodista universitario de alto vuelo, de este afinadísimo profesor de literatura en la Universidad de Montevideo, que culminó su quehacer intelectual siendo uno de los historiadores que mejor supieron unir la escrupulosa investigación documental al buen decir narrativo, obtuvieron consejo y recibieron guía no pocos jovenes poetas antes y después del breve paso de Andrés Héctor Lerena Acevedo Se sabe que el título de *Praderas Soleadas* fue el aconsejado por aquel mentor consanguíneo y amigo

"No tienen estos versos alquimias vanas, ni sensuales ácidos Humildes o sonoros, han despertado extraños a los lujos del siglo y a las sádicas perversiones de los hombres", declamaba, casi, el joven poeta en el prologo de su libro Cuando pensamos que justamente en ese periodo se estaba operando, en la poesía uruguaya, la transformación que comenzaban a imprimirle las grandes odas de intencion cósmica de un Sabat Ercasty, el allegamiento a una simplicidad de forma compatible con los contenidos tradicionales que estaba procurando un Silva Valdés, parecen algo vanas esas declaradas intenciones de Andrés Héctor Lerena Acevedo Pero basta dar una rapida ojeada a las mejores revistas literarias de esos años para ver cuan cierto era que

existía —o empezaba a sobrevivirse— una tendencia al exotismo recargado, a una más pretendida que real decadencia moral, a una "modernidad" que lejos aún de renovar formas y crear un lenguaje propio, sólo pedía a la extravagancia, no siempre de buen gusto, las razones de su existir Y esto hasta en los reputados como más grandes

Más lejos añade A H Lerena Acevedo "son voces simples, honradas, alegres, casi siempre oídas en plena naturaleza " cosa que puede sorprender si uno se atiene solamente al vocabulario del poeta, ese cuyos excesos retóricos señalaba Gustavo Gallinal en el discurso citado más arriba En efecto, demasiados herreñales, alcores, vencejos, galgos cansinos, paniegas, humilladeros, regajos, proliferan en esos pocos cantos bien medidos, que deliberadamente buscan dar primacía a una visión eglógica o marinera, de vida sencilla y sana, en la temática que los informa Eso era solo una vestidura y quizás, por el atajo de la fidelidad al casticismo más puro del idioma, esa misma vestidura constituía una protesta por los orientalismos, las vanas magias, los falsos neo paganismos o las bambalinas y utilerías de "ballet-russe" de un momento en que el natural universalismo de país-puerto que es el del Uruguay, se dejaba parasitar por un cosmopolitismo informe e indeciso, caricatura del sentido de lo universal que casi enseguida permitiría a un Figari estampar indeleblemente la anécdota y la poesía de lo nativo mediante la escritura plástica de los intimistas franceses o a un Torres García, por la afirmación de la clasica sección áurea, crear un arte que sabemos afín, ahora, a la recién

descubierta plástica aborigen Andrés Héctor Lerena Acevedo tenía solamente una cosa que evocaba, quizás, las danzas fundadas en la música de Borodin el nombre del "collie" Igor, el perro que fue su compañero hasta la muerte

¡Cuánto menor autenticidad había en ciertas poesías contemporaneas de las suyas, revestidas de formas más simples o mas severas pero repletas de deliberada extravagancia, totalmente ajenas a la intención puramente creadora de quien se propone dar, en verso, vigencia a una concepción sencilla de la existencia!

Solamente por imperdonable descuido, podría dejar de verse que, en los poemas de *Praderas Soleadas*, aunque cuantitativamente domine lo retórico, coexiste con él, ya, con fuerte presencia propia, lo auténticamente creacional esas "palabras vivas" (G Gallinal, *ut supra)* que son la prueba de una verdadera poesía Eso, por una parte, y lo analizaremos mas adelante Por la otra, entre los datos directamente testimoniales que hemos recogido de la vida del poeta, y si esto no bastara, por la configuración misma del Uruguay que fue el de la niñez del poeta, existen algunos que nos muestran las motivaciones de su voluntad tematica Así como Andrés Héctor adolescente contemplaba, desde su casa de la calle Paysandú "con vista a la Bahia", mastiles y chimenas de barcos, crepúsculos encendidos o auroras brumosas, asi como Andrés Héctor joven, enfermo y enamorado, vivia el paisaje "arborescente" del Prado, asi Andrés Héctor niño habia salido bastante hacia los aledaños montevideanos del Cerrito de la Victoria, de Colón, de Sayago,

aún más allá, de La Paz, Las Piedras y otros barrios o villas, y había conocido un puerto que todavía tenía más de playa y al cual llegaban barcas cargadas de "perfiles marinos", de "recios pescadores", y del cual partían "velas siempre ávidas de lejanías" Los alrededores de la capital eran, en efecto, pueblos de casas blancas, de recogidas plazas centrales transitadas por muchachas ingenuas en los atardeceres más apacibles que los de la otra "gran aldea", la capitalina Y la evocación eglogica bien pudo surgir del tránsito campesino por las vías de acceso a la ciudad, aunque en estas visiones nunca surge la tonica que necesariamente debió ser criolla, y hasta gauchesca Pero es legitimo plantearse otra interrogante ¿no tendría, acaso, igual justificada motivación para esa nostalgia eglógica el hecho de existir en muchos, entonces, una esperanza de crecimiento del país hacia la agricultura, un cierto renegar progresista de la tradicion nómada, pastoril únicamente, de nuestra nacionalidad? ¿Sería, acaso, solamente influencia de cierta pintura — esa sí soleada — española, muy en boga entonces, la de los Sorolla, los Anglada y otros artistas muy conocidos y valorados en el Río de la Plata donde se visitaban con entusiasmo sus exposiciones y se adquirían a altos precios sus obras? Creo más prudente señalar la posible interacción de factores variados Pero no me disgusta pensar que el joven poeta pudo realizar, en su espíritu, una síntesis de preferencias estéticas y de ideales — entonces no se decía "ideologías" — humanos y patrióticos ¿acaso Eduardo Acevedo, tío carnal suyo, Ministro de Industrias en 1913

no había presentado un proyecto que hoy llamaríamos de desarrollo agrícola, que permitía soñar con un futuro ubérrimo para el país por el incremento de ese sector? Ninguna de estas consideraciones es caprichosa, pero también es posible que Andrés Héctor Lerena Acevedo haya fundado su poesia solamente en la propia imaginación Nunca se subrayará suficientemente el carácter profundamente arbitrario de la creación poética, y sólo podemos aventurar alguna hipótesis que no exceda lo razonable

Lo cierto es que el poeta estaba allí, en esa primera manifestación voluntaria de la propia vocación que es un libro publicado Si las líneas de fuerza tematicas son dos (ya que la tercera, la de "los sueños místicos y florecidos" parece convocar una mucho menor autenticidad creadora y ser, realmente, demasiado superficial en lo que evoca) ver bigracia, la eglogica, la parte denominada propiamente "praderas soleadas", y la marina, denominada "el mar sonoroso", y es en lo descriptivo donde la retórica se ejerce sin trabas, las líneas de fuerza *interiores*, las que revelan al poeta auténtico y original desde el principio son también dos, de orden creacional y expresivo la línea plástica, revelada en algunas geniales intuiciones formales, "hacedoras", y la linea lírica, brotada de lo existencial mismo, que aparecerá con toda su carga emocional en los poemas póstumos, pero que se anuncia en el poema de *Praderas Soleadas* intitulado "Como los pájaros"

Pocas citas probarán lo que afirmamos En el poema llamado "Después de la labranza", la línea plastica se mani-

fiesta, irresistible, cuando el poeta dice "Era tarde ¿te acuerdas?. Tú estabas rubia," Está creando un hecho poético al establecer esa aparente contradicción logica de "estar" rubia en lugar de "serlo" Y ese hecho es de orden eminentemente plastico, visual Otro hecho poético acontece cuando en el poema "Las campanicas" (y vaya por el amanerado casticismo del título) dice "En la media tarde, nuevas y rientes", y pone, así un adjetivo físico sobre una descripción anímica de los personajes así como, cuando en "El reloj de sol" anota que " las horas aladas, / descien den del cenit como alondras doradas," instaura una nota netamente plastica —crea una relación visual— en un contexto manifiestamente destinado a expresar una concepción metafísica

Podrían, así, multiplicarse las citas de presencias poéticas propiamente dichas —verbo hecho cosas— en ese primer y único libro

"el campo estaba fresco color verdura"

"se cuecen las casas de sol como el pan"

"el lomo fatigado del mar se tuesta"

"como una lona nautica se anuncia el sol"

Pero, ¿a qué continuar? En esta edición se podrá seguir, paso a paso, la trayectoria que va de la escritura voluntaria, que es lo publicado en *Praderas Soleadas* —aunque, como

ya he dicho, la presencia del verdadero hecho poético esta tambien, y muchas veces, en este libro, hasta la entrada definitiva a la verdadera experiencia poética —que es aquella que el poeta *no podría evitar*— realizada por A H Lerena Acevedo en los poemas que sólo habrían de ser publicados en calidad de póstumos

Uno solo de esos poemas póstumos —el que precede a la serie individuada por números romanos— conserva el caracter de formulacion enteramente voluntaria, mas correspondiente a los planos éticos de la personalidad que a los afectivos conscientes o inconscientes es esa especie de canto al dolor que constituye, todavia, algo así como un testimonio de que el poeta sigue creyendo en la eficacia de dominar la experiencia para convertirla en concepto, quehacer este más perteneciente al ejercicio del discurso intelectual que a la creación poética

Aquí se hace necesario resumir la biografía para dejarnos guiar con verdad por la trayectoria de ese "hombre que asocia la exploracion de lo real con ciertas esperanzas" como caracteriza a todo poeta el ya citado Albert Béguin

Se han ido eslabonando cierto número de datos sobre el ambiente, el momento en el tiempo, el "status" familiar, el nivel cultural, la figura fisica y caracteriológica del poeta, la tonalidad afectiva de éste, entrevista en el escaso anecdotario, y lo que él nos dice de si mismo o lo que comentan sus amigos inmediatamente despues de su muerte Lo que nunca sabremos es de donde partió el impulso que lo llevó a publicar ese libro de atildada presentacion —el bla-

són de la casa de Acevedo, mencionado por Ricardo Palma, corona la orla que rodea la primera página de cada grupo de poemas del libro — en el año mismo en que enferma de muerte, así como nunca sabremos si *realmente* intuyó el fin próximo, como parece desprenderse de algunos de los poemas póstumos, o si, de acuerdo al anecdotario familiar, su fe en la curación no lo abandonó nunca, sintiéndose esperanzado y optimista aun cuando a veces cayera en breves estados depresivos Dicen que en la misma noche en que entró en agonía, había hablado, con el practicante de medicina que velaba por él, de su voluntad de viajar a las Sierras de Córdoba.

No sabremos nunca hasta qué punto llegó a manifestar su fuerza devastadora (y transformadora) en él la mas terrible y gloriosa de las tensiones dialécticas de la existencia la relación del amor con la muerte, polos extremos de la personalización. Lo cierto es que esa relación existió y al existir informó el reino de lo verdadero, de lo que no admite autosugestión, de esa existencia Una premura especial del tiempo, una acumulacion de instancias, precipitaron ese proceso de una liberación

Solamente de eso podemos tener certidumbre de que la liberación se produjo Así como otros poetas luchan, durante toda una larga vida, contra adversidades varias que les impiden manifestarse libremente, con todas sus potencialidades realizadas, Andrés Hector Lerena Acevedo, de seguro, si hubiera vivido en plena salud, si su vida hubiera durado, habría debido luchar, por lo menos durante un

periodo mucho más extenso de maduración, contra otra clase de frenos no menos rigurosos los de una felicidad expresiva notable, los de una facilidad dada por el medio cultural, familiar, económico, que le hubieran proporcionado escasas ocasiones de profundización en lo existencial dramatico, de asumir esos fondos de la conciencia de los cuales puede salir a la luz, y en toda su gravedad, una poesía que lleve la marca de fuego de la existencia

Infelizmente para el viviente, dichosamente para la poesía, muerte y amor se conjugaron para la maduración rápida, devorante, de aquel joven que, lleno de bondad y a la vez de legitimo orgullo vital, cantaba, poco antes, con acento recio y autocomplacido, visiones de paraisos bucólicos, de instancias náuticas en las cuales la voluntad retórica enmascaraba, a la vez que las auténticas alternativas de los quehaceres humanos evocados con tanto optimismo, la propia intimidad expresiva del poeta

La liberación del poeta profundo que había detrás del A H Lerena Acevedo retórico, consistió, pues, en una humildad la asunción de la propia melancolía, de la propia mortalidad

Quizás antes — y qué poco antes — lo que existió, realmente, en la historia psicológica del poeta fue una gran timidez ciertamente un gran pudor De ahí la exterioridad de su poesia que sólo mostraba — al lado de atisbos testimoniales de una alta calidad subyacente de hacedor, no nos cansaremos de repetirlo — lo que él se proponía recoger, asepticamente, de la visión del mundo Es el pasaje de esta actitud vital, que se confunde con la actitud esté-

tica de tan íntimamente ligadas como están, a la otra a la de quien acepta confesar su condición de desvalimiento, manifestar esa otra pobreza de la condicion humana —esas múltiples pobrezas— la enfermedad, la soledad, la muerte

Hubo, como lo señalamos más arriba, un poema en que se expresaba un dominio del dolor, precisamente por cantarlo como factor positivo esa aceptación estoica era todavía lo externo, *lo no encarnado* Pero después vinieron los poemas elegíacos, confesionales, aquellos en que precisamente se establece el pasaje de lo inconsciente a lo afectivo y de aquí a la forma expresiva que no traiciona el proceso vital sino que lo formula en todo su ser y con todo su ser.

Mejor que todo comentario, los poemas numerados del II al VI (según las cifras que los señalan en la publicación de la revista "Ariel", que aquí se reproducen en el mismo orden) son los que nos muestran ese paso acelerado de maduración Algunos de ellos son pura, desgarrada biografía Pero al tono elegíaco asumido se debe que la conjugación existencia-poesía se dé en ellos tan íntegramente, que hasta llegue a horrorizarnos la atisbada *necesidad* del sacrificio.

En los últimos meses vividos por el poeta, desaliento y esperanza se sucedían, marcando los pasos de la separación definitiva con el amor, con la amistad, con todo el horror de soledad que evoca el poema más grave, mas amargo del poeta, que ninguna de las publicaciones mencionadas recogiera en los momentos siguientes a su desaparición, y que esta edición incluye dandole toda la importancia que merece

La "pequeña historia" vuelve por sus fueros, y obliga a contar cómo los enamorados aquellos, ya no solamente separados por la anchura del Prado sino por la imposibilidad de salir que se imponía al enfermo, se comunicaban, en el más puro estilo romantico —mas correspondiente a los sueños estéticos del poeta que a la epoca misma en que se desarrollaban los sucesos de su vida, al fin y al cabo muy cercana y ya "moderna"— en las largas noches de ausencia que quizas ninguno de los dos, en el plano consciente, reconocía como definitiva o que ambos, —estremece pensarlo— *sabían* que lo sería Para que el poeta supiera que su prometida, aunque no pudiese verlo, pensaba en él, la joven —se ignora por qué medios— lograba hacer encender, cada noche, con regularidad infalible, una luz en la aguja de la capilla de la calle Yrigoitia

No sé si esa luz se encendió hasta el fin Pero sí sé —y esto no me lo cuenta anecdota alguna, sino el propio testimonio de la forma poetica que esta viva y ante mis ojos, que de la soledad, de la conciencia de la propia juventud que se iba extinguiendo, de la mezcla de esperanzas y pesadillas mortales, de la entrega diurna al desfallecimiento de la fiebre, a veces consolador, nació un poeta Un poeta que también había nacido de la dicha, de la inteligencia, de la holgura, de la elegancia Que todo se conjuga, en la existencia de los hombres, lo benefico y lo ominoso, para dar a cada uno su verdadero rostro, para extraer de cada uno lo que él solo es capaz de dar.

GISELDA ZANI

9 de Noviembre de 1966

ANDRES HECTOR LERENA ACEVEDO

Nació en Montevideo el 19 de agosto de 1895 Fueron sus padres el Dr Andrés Lerena, abogado — hijo de Avelino Lerena, poeta y novelista — y doña Paulina Acevedo, hija del codificador Dr Eduardo Acevedo

En marzo de 1897, poco antes de cumplir los dos años, su familia se traslada a Buenos Aires por motivos políticos, ciudad donde permanece hasta dos meses despues de la concertacion del Pacto de la Cruz

Ya en Montevideo, al alcanzar la edad escolar, comienza su educacion en el colegio que dirigia Mrs Ayres, donde adquiere el dominio del idioma ingles, pasando luego a completar sus estudios primarios a un colegio dirigido por Magdalena Daquo, y prepara más tarde el ingreso a la enseñanza media con Maria Viera

En marzo de 1907 viaja con su familia a Europa y visita varios paises, con larga estada en Paris A su regreso, en Secundaria, muestra inclinacion por las letras, alentado por Osvaldo Crispo Acosta Terminados estos estudios, es nombrado profesor de Historia en el Liceo Hector Miranda

Ingresa en la Facultad de Derecho para seguir la carrera de abogado por la cual sentia verdadera vocacion — de probada tradicion en sus antepasados paternos y maternos — y deja diversos ensayos obra, *Praderas soleadas* Mas tarde es designado delegado de la juventud universitaria uruguaya a un congreso a realizarse en Buenos Aires, al que no concurre por hallarse afectado por la grave enfermedad que causa su deceso el 15 de setiembre de 1920, en su ciudad natal, a los 25 años de edad

CRITERIO DE LA EDICION

Se ha transcripto fielmente el texto de la edicion original, *Praderas soleadas, praderas soleadas, el mar sonoroso, sueños misticos y florecidos* Montevideo, Talleres Graficos A Barreiro y Ramos, mayo-agosto 1918, agregando ademas poemas postumos e ineditos, cuya procedencia consta en las respectivas notas

Sobre dichos textos no se ha hecho otra correccion que la de actualizar la ortografia y salvar, ocasionalmente, alguna errata de los originales

PRADERAS SOLEADAS

PRADERAS SOLEADAS
EL MAR SONOROSO
SUEÑOS MISTICOS
Y FLORECIDOS

A JULIO LERENA JUANICÓ

alma muy inspirada y noble

"Des que nous exprimons quelque chose, nous la diminuons etrangement Nous croyons avoir plongé jusqu'au fond des abimes et quand nous remontons a la surface, la goutte d'eau qui scintille au bout de nos doigts pâles ne ressemble plus à la mer d'ou elle sort Nous croyons avoir decouvert une grotte aux tresors merveilleux, et quand nous revenons au jour, nous n'avons emporte que des pierreries fausses et des morceaux de verre et cependant le trésor brille invariablement dans les tenebres"

MAETERLINCK

(Le Trésor des Humbles)

PAGINA INICIAL

No tienen estos versos alquimias vanas, ni sensuales ácidos Humildes o sonoros, han despertado extraños a los lujos del siglo y a las sádicas perversiones de los hombres

Son voces simples, honradas, alegres casi siempre, oídas en plena naturaleza, en la tierra arborescente y luminosa, mientras se estremecen, inefables, los dormidos campaniles íntimos.

Voces simples, honradas, recogidas en la playa, cuando la caracola del viento inflama los olímpicos arrestos del mar, genio múltiple y eterno.

Voces simples, alegres casi siempre, trasunto de algún ascético idealismo lejano, que se aviva en un aire de litúrgicas mirras y de olorosos aloes.

Memorias son, estas, de las "praderas soleadas", del "mar sonoroso" y de los "sueños místicos y florecidos".





PRADERAS SOLEADAS

LEJOS DEL POBLADO

¡Santa convalecencia del alma, en las campiñas,
entre las madroñeras y el verde de las viñas!
El corazón romántico, perfumado de olvido,
lanza al rústico viento su rítmico latido,
y, sonoro, revive su muerta mocedad
en la paz milagrosa de la fresca heredad

Nueva y pujante sangre, sangre de adolescencia,
retoña una vez más en la alegre inocencia
de las castas mañanas y los campos en flor;
y, si vibra el recuerdo de un antiguo dolor,
enervado se le oye, como el tañido arcano
que canta la campana del poblado lejano

Hijos del sol el trigo y el cerrado botón,
el herreñal fecundo, la alondra, el corazón,
alijeros despiertan bajo de su aguijada,
mientras en las ciudades discurre la mesnada
de la humana miseria lejos de las campiñas
donde crecen los guindos y prosperan las viñas

En la limpia mañana, por los bosques umbríos,
pastan los mansos bueyes y los toros bravios .
No lejos, por la senda plebeya, el labrador
con paso diligente, va a despertar su alcor,
canturreando un sencillo cantico de labranza,
ebrio de cielo azul, sonoro de esperanza

¡Y cómo el corazón aromado de olvido
lanza al rustico viento su eufonico latido!
Y en la paz milagrosa de la fresca heredad
armonioso y pujante canta su mocedad
¡Oh! las convalecencias del alma, en las campiñas,
entre las madroñeras y el verde de las viñas!

COMO LOS PAJAROS

Ya se alzan los pájaros, tiéndeme la mano
Nos iremos, juntos, tras el sol lejano,
nos iremos, juntos, cuando el bosque cante,
trémulos los labios, el pecho anhelante,
oyendo el albogue de los hontanares .
Serán tus penares mis viejos penares,
serán tus ensueños los ensueños mios;
huyendo de pueblos y de caseríos,
errantes y alegres, como los vencejos,
cuando el bosque cante nos iremos lejos,
tan lejos, que el viento, cual galgo cansino,
se echará vencido tras nuestro camino
Nos iremos lejos de este mundo vano,
nos iremos, juntos, tras el sol lejano,
tu mano en mi mano.

CANTA EL CAMPANARIO...

Hay algo en el aire, divino y sonoro,
hay sol en tus ojos, en tus labios, pomas,
suena mi esperanza como el agua de oro
que viene saltando por las verdes lomas
Las tierras trascienden como un incensario,
y en los cerros, lejos, canta el campanario.

¿En qué tiempo estamos? ¿Sabemos acaso?
Luce el sol, dichoso Las palomas hembras
se alejan radiosas por sobre el ribazo
buscando los granos de las nuevas siembras
Aroman tus ojos como un incensario,
mientras bajo el cielo canta el campanario

¡Qué aéreos se escuchan los toques lejanos!
Ante ti, temblando, me inclino de hinojos
El viento campestre que enciende los granos
enciende el milagro nuevo de tus ojos
Nuestras almas arden como un incensario
y un idilio eterno canta el campanario

DESPUES DE LA LABRANZA

Era tarde ¿te acuerdas? Tú estabas rubia,
rubia de Primavera, rubia de amor .
Yo volvia entre avena fresca y alubia
de arar, toda la tarde, mi negro alcor

Estabas reclinada tras la portera,
había aurora en tus labios, miel en tus ojos;
estabas toda rubia de Primavera,
sonrojada de fresas y áurea de hinojos.

Un aroma venía desde los cielos,
blanco aroma de estrellas y arcanas flores .
Había aroma en tus senos y en tus ojuelos,
aroma en tus guedejas y en tus rubores

Y yo iba por la senda con la aguijada .
Un buey en lontananza mugia sonoro .
Tú me mirabas hondo con tu mirada
rubia de adolescencia, rubia de oro.

Era tarde ¿te acuerdas?... Tú estabas pura
como la Primavera y el arrebol,
el campo estaba fresco, color verdura,
color centeno de oro, color de sol ..

LAS CAMPANICAS

Campanas cantoras de las capillas
que sueñan y sueñan entre las villas

Frescos y tenuísimos, ya los primeros
azules apuntan en los confines,
el carro aldeano tras los terreros
lleva los anuncios de los maitines

Dan sus campanicas tímidas, las torres

Se escucha, muy lejos, una cantiga
de alguien que trajina por las paniegas,
y, en el día bueno como una espiga
se dilata el canto sobre las vegas

Dan sus campanicas tímidas, las torres

En la media tarde, nuevas y rientes,
retornan las niñas de las escuelas,
los ojos ingenuos y florecientes,
las mejillas frescas como ciruelas

Dan sus campanicas tímidas, las torres

Cuando cae la sombra sobre los setos,
dulces se recogen las hortelanas,
los árboles verdes se impregnan, quietos,
del polvo impalpable de las campanas.

Campanas cantoras de las capillas
que sueñan y sueñan entre las villas

EL RELOJ DE SOL

"Seul il est digne de mesurer la
splendeur des mois verts et dores"
MAETERLINCK

En el sereno parque vela el viejo cuadrante
Todo es quietud en torno La libélula errante,
la abeja de áureos élitros, la oruga y el gusano,
como bajo el influjo de un señorio arcano
extaticos se arroban ante su potestad
El cuenta el Tiempo eterno, sin límite ni edad,
en un rincón perdido, solitario y fragante.
¡Y qué limpias las horas que recoge el cuadrante!

Como es más pura el agua, que en el mismo regajo,
se abrevan los labriegos, en mitad del trabajo,
así es mas puro el tiempo que en devoto mutismo,
todo candor y paz, viene del cielo mismo.
El aire, tiene un leve misticismo de incienso,
el sol prodigo y bueno, en el azul inmenso
se desplaza inmutable, y las horas aladas,
descienden del cenit, como alondras doradas,
a posarse, en silencio, sobre el reloj luciente.
A veces, ni el rumor del follaje se siente,
y hay pausas prolongadas en el parque callado
Cerca del noble jaspe del reloj asoleado,
en un derruido banco señorial, un anciano
del otro siglo, sueña, bajo el sol meridiano,
en quién sabe qué historias de su existencia moza
Sobre el lejano prado magnífica se esboza
entre un enjambre de oro la casa solariega,
en las remotas granjas la cigarra despliega
su invisible abanico, templado y sonoroso
Tal vez, de cuando en cuando, se oiga el eco mimoso
de los niños que juegan en el patio distante,
y mudo, entre una atmósfera luminosa y sedante,
como si la emoción anudara su voz,
vela el reloj de sol que es el reloj de Dios!

AURORA GRIEGA

Al levantarse la aurora de su albo lecho
se escucha el balar ingenuo de las majadas,
que, dulcemente, tramontan por las quebradas,
por los caminos herbosos, por el barbecho

Quién sabe a qué fuente virgen, a qué laguna,
dirigen lentas y trémulas, el andar manso,
tan blancas, como la luna sobre el remanso,
o como los nuevos mirtos bajo la luna.

Sobre el rosal purísimo de la mañana,
detras de la móvil recua que va lejana,
asciende la polvareda de los senderos

Y, luego, como un ensueño se va la albada;
el claro sol nace espléndido por la llanada
y enciende las flautas simples de los cabreros

LA JORNADA TRISTE

El entierro surge del villorio, se aproxima lentamente, entre campos, iluminado por un sol arido, pasa y váse, luego, siniestro, entre el apagarse de las voces, hacia el cementerio del pueblo todavia lejano

Vienen junto a las piedras de los humilladeros,
y por las lomas calvas, y los arduos oteros
Avanza todo el pueblo por el camino viejo
en un interminable y afanoso cortejo,
con la caja del muerto que brilla bajo el sol
Y entre fundos cencidos se aproxima el estol
Cantan en la distancia mas la brisa contraria
dispersa los sonidos en la amplitud agraria,
y estremece las cruces y los blancos sayales
Ahora se ven más nítidos, por los negros bancales,
se aclara, por momentos, la austera letanía
bajo el sol de la tarde ¡Santa María!

Ya están cerca, ya llegan . Acrece el vocerío
Desfilan doblegados, cual si tuvieran frío
pastores entumidos, mocetones herculeos,
— atléticos los músculos, los mentones cerúleos —
y van hombres descalzos y los cruciferarios,
empuñando las rústicas cruces de los santuarios,
y va un tumulto astroso, cenceño y harapiento,
y un concurso de ancianos, trémulos como el viento,
— los torsos encorvados, como abatidos troncos —
y se elevan sus cantos, plañideros y roncos,
mientras pasan, cercanos, por la cuesta baldía,
bajo el sol inmutable .. ¡Santa María!

Como un índice inmóvil y fatal, la calzada
señala el camposanto tras la larga hondonada.
Y ellos se van mordidos por la fiebre del día,
a calmar a la tierra insaciable e impía,
que clama por el muerto como se exije a un paria;
ya se apaga entre el polvo la férvida plegaria,
ya se alejan terrosos como humanos escombros,
con la funebre caja que aún reluce en los hombros;
.. Ahora van muy lejanos, por las calladas eras,
más allá de los pinos y de las torrenteras
Queda un silencio huraño por la senda vacía
bajo el sol moribundo. . ¡Santa María!

BALADA SILVESTRE

¡Qué gráciles y alegres los frondosos viales
que van a la ventana de la boyeriza!
Por ellos, en la aurora, los fuertes zagales
vagan con los gorriones que arrastra la brisa

Antes que el añacal vaya hacia el molino,
antes que cante el río su pura armonía,
entre ariscos pajares y campos de lino
ella abre sus ventanas al gorrión que pía

Vibra como un lucero su alma transparente
que tiene el sano olor de los naranjales,
por verla matinal, feliz y sonriente,
abandonan los pájaros sus blandos nidales

Humedos son sus ojos Dormido es su acento
como la voz que llega de la lejania,
y son sus sueños diafanos como el primer viento
que empuja a los vaqueros al romper el dia

Cuando en las lomas suenan los cantos rurales
abandona sus crenchas en la clara brisa
¡Qué graciles y alegres los frondosos viales
que van a la ventana de la boyeriza!

TU Y LA PRIMAVERA

Sin tí no sentiría la Primavera,
ni el arroyo que canta entre mejoranas,
ni el verde resonante de la pradera,
ni el oro luminoso de las fontanas,

ni amaria el sosiego de las esquilas
que muere en la serena paz de las norias,
si no temblara el eco de tus pupilas
en el bronce vibrante de mis memorias

Se vuelve el dia diafano cuando en ti pienso,
mi espíritu sereno, de sol se baña,
y el aire cristalino, sutil incienso,
azula los verdores de la campaña

Doquier que vaya aspiro tu olor florido
que tiene el vaho hipnótico de los beleños
¡Oh este amor de mil años, siempre encendido,
como la savia ardiente de mis ensueños!

Sin ti no sentiría la Primavera,
ni el arroyo que canta entre mejoranas,
ni el verde resonante de la pradera,
ni el oro luminoso de las fontanas

CUANDO LAS ESTRELLAS PALIDECEN

Yo azuzaba los bueyes con la picana,
tu ibas en la carreta, fresca de aromas.
¡ay! ¡qué mañana aquella tan rusticana,
tan llena de canciones y de palomas!

Por entre los dormidos valles y oteros
iba enhebrando ideales como un asceta,
iba con la nostalgia de los boyeros
que se pasan la vida tras su carreta

Y, mientras se encendían con el relente,
tus mejillas purpúreas de rubia aldeana,
mi vara señalaba, rumbo a occidente,
la ultima estrella blanca de la mañana

Como ibas tan alegre, como ibas quieta,
los mirlos anidaban en tus faldones,
y junto al zurrir monótono de mi carreta
se escuchaba el vagido de los pichones

¡Oh los campos de ceibos y de rastrojos!
¡Quién pudiera, por siempre, vivir sus leyes,
aspirando el sahumerio de tus dos ojos,
escuchando la misa de mis dos bueyes!

Desde las eras humedas, y desde el llano,
de mas alla del río, de los oteros,
todos me saludaban como a un hermano
las torcazas, los tordos y los horneros

Y al verme caminando por el atajo
la alondra tempranera que iba por mieses,
miró al solo boyero que iba al trabajo
siguiendo del sendero las curvas eses

Yo punzaba las bestias con la picana,
tú ibas llena de aromas, lozana y quieta
¡Por qué no has sido eterna, buena mañana,
para seguir tu curso con mi carreta!

EL ATAJO

Entre negras tierras y piedras bravías
jadeante en su esfuerzo se estira el atajo,
por él los pastores van hacia el trabajo
y lloran las mozas sus melancolías

Oliendo a zarzales sesga el altozano
en pos de las huellas aladas del viento,
lleva a los estanques al rucio sediento
y a los altos prados al toro alazano

Su rastro sinuoso conduce la hoz
Luego en el crepúsculo, propaga la voz
perdida y cantora del niño aldeaniego

Y cuando despliega sus alas el grajo
el sol tardecino bendice el atajo
que se pierde, lejos, terco y andariego

EL ROMANCE DE LOS PUEBLOS

Pueblos blancos, agrestes pueblos abandonados,
sahumados de hierbajos y fragantes collados

Hundidos en los valles tras de los rudos cerros
—mecidos por el cobre de los roncos cencerros
que cuelgan de las bestias — dormitan silenciosos,
sin crónicas que loen sus vivires ociosos
En los campos salvajes, inmóviles y palidos,
se tienden bajo el sol como viejos invalidos

Pueblos blancos, agrestes, pueblos abandonados

En sus claros casones impregnados de espliego
sueña en cosas estériles el antiguo labriego,
que cavara las tierras al golpe de la azada
Fuera, a las mismas horas, haciendo su jornada,
van los recios feriantes con sus grandes fayancos
por los mismos caminos rutinarios y blancos

Pueblos blancos agrestes, pueblos abandonados

Un secular narcotico pesa sobre sus calles
Desvencijados carros que vuelven de los valles
castigan los pedruscos sin romper el letargo
Y una vez que se han ido por el camino largo,
las selváticas piedras callan sus voces brutas,
y un bendito silencio vuelve sobre las rutas

Pueblos blancos, agrestes, pueblos abandonados

Recogidos y castos como los ermitaños
sobreviven humildes, albeados por los años,
con sus calles virtuosas y sus viejas posadas
Al través de las horas que se pierden calladas
duermen hilando un sueño silvestre y milenario,
mientras la viejas crédulas dan vueltas al rosario

Pueblos blancos, agrestes, pueblos abandonados,
sahumados de hierbajos y fragantes collados

SOLEDAD EN EL CAMPO

Irradian los puros campos de beleños
un salmo de luz y de santidad
¡Oh! ¡cómo los pájaros de nuestros ensueños
abren las dos alas en la soledad!

A su influjo plácido todo se estremece
en un vago anhelo de ideal y de amor,
y una rosa íntima, germina y florece,
dentro, en los umbrales del mundo interior

Y, en tanto retoñan las lejas memorias,
y llega jadeante la alondra primera
refleja la linfa feliz de las norias
las horas floreales de la Primavera

Allí, la existencia resbala, cantando
ya en el mediodía, quieto y patriarcal,
ya en la tarde lívida, desangrada, cuando
restalla la flauta del agua pradal

Y, entre los recuadros del maizal trigueño,
de la albahaca dócil del trigo garzul,
el clarín bucólico del toro zahareño
desflora la virgen atmósfera azul

¡Oh! ¡cómo las alas de nuestros ensueños
se abren a las brisas, en la soledad!

En los troncos húmedos trina embelesado
un pájaro agreste tinto en arrebol,
y, en la tierra, terco, trabaja el arado
bajo la dorada faena del sol

Lejos, la arboleda sueña rumoreante,
toda florecida como en comunión
en donde, entusiastica, gorjeara sonante
la caja de músicas de mi corazon

Qué honrado es vivir en esta bonanza
desbrozando, alegre, las negras fanegas,
mientras reverdece joven la esperanza
entre las fragantes pampas solariegas

Y, como un pastor, cabe a los hayales
y a la milagrosa paz del verderol,
hilar, en las fuentes, divinos ideales
con las manos llenas de un vellón de sol

Después, emprender, un día sonoro,
el sueño sin mácula de la eternidad,
en tanto resuenen las cantigas de oro
de tus labios buenos, santa soledad!



EL VILLAR

El día promedia En los campos hueros
ciegan las casucas viejas y tullidas,
y, se arrastran, áridas, las sendas raídas
por do van las coplas y van los arrieros

Arisca escarcea la brisa rondeña
encrespando el polvo seco de las rutas,
y, sobre las torres, humildes y enjutas,
vierte el mediodía su siembra trigueña

Desunce a sus bestias el tosco gañan
Se cuecen las casas de sol, como el pan
Un humo incipiente despide el yantar

Y, mientras relumbran de luz los majanos,
fermentan los sueños tras de los ventanos
rancios y olvidados del blanco villar

LAS PUEBLERINAS

En la quietud unanime de las villas serenas
— de blanqueados mesones y de torres morenas —
quedas y ensimismadas, viven las pueblerinas
Frente a las viejas plazas de juncias y glicinas,
aguardan, vanamente, tras de los vidrios grises
la radiante ilusión de las horas felices
en la quietud unánime de esos pueblos poltrones,
tan perdidos, que sólo llegan a sus balcones
las inconstantes alas de algunas golondrinas

Pueblerinas románticas, cándidas pueblerinas

Tocados por el tedio de sus casas frugales
se afinan, lentamente, sus rostros matinales.
El brillo virginal de sus ojos trigueños
se aviva en el silencio casto de los ensueños
que exacerban la fiebre núbil de sus ojeras
Los sueños fosforecen como el sol en las eras,
mientras ruedan, monótonos, los dias y los años,
floreciendo, pacientes, los fundos aledaños
y, tostándose, inmóviles, las torres cantarinas

Pueblerinas romanticas, cándidas pueblerinas

Cuando en la tarde muerta se alza la luna llena
y la iglesia materna convoca a la novena
diluyendo en el aire sus sones provinciales,
ellas cruzan, beatas, los devotos umbrales,
y, quietas, se consumen — ideando desposorios —
como el velon que alumbra los viejos oratorios
Después, arrebujadas, salen de los portales,
y, aromando de tréboles las aceras rurales
se funden en la sombra de las casas vecinas

Pueblerinas románticas, cándidas pueblerinas

Un dia alegre de luz, de cantos navideños,
entornan para siempre los ojos lugareños
Un ruar somnoliento de coches desusados
sonando en los mesones y en los patios soleados
despertará el quietismo familiar de los huertos

Y habrá en la tarde, luego unos vidrios desiertos,
y, detrás, el azul de las casas aldeanas
Y, sólo el leve sándalo de unas manos lejanas
aún sahumará de ensueños las calles campesinas

Pueblerinas romanticas candidas pueblerinas

CAMINOS

"Elles connaissent tout bonheur
tristesse ou deuil"

E. VERHAEREN

Caminos espigados de sol. Se acerca el día
por sus doradas huellas que alegran la alquería.
Honrados y dichosos van hacia los cortijos,
con el hombre y los bueyes, la mujer y los hijos.
Bajo el límpido cielo atraviesan la aldea
y se van canturreantes soñando en Galatea.

Caminos polvorosos, histericos de viento,
donde transitan almas con el último aliento
Hay hiel en sus entrañas, hay voces descontentas
corazones bastardos y gargantas sedientas
Pasan junto a la avara vivienda En el postigo
suenan en vano golpes Silencio Es el mendigo

Caminos encharcados Inquietantes caminos
que se tienden fatidicos cual brazos de adivinos
¿Por que tiemblan los alamos? Las ventanas sombrías
reflejan en los charcos sus órbitas vacías
Algo viene en la sombra, desde lejos, muy lejos
Tiemblan blancos de muerte los niños y los viejos

Caminos bendecidos por el Señor, caminos!

HORAS HAY PARA ENTRISTECERNOS

Horas hay para entristecernos,
mientras tanto,
soltemos nuestras palomas íntimas

Flota un azul de fiesta. El día nos convida
a beber en el cántaro lozano de la vida
Huyamos a los bosques   Tus mejillas frutales,
tendrán albor de leche fragancias de panales,
hoy, que la Primavera ha volcado su cesta
de júbilo y canciones en la verde floresta

Horas hay para entristecernos

Ante la exuberancia de los pámpanos frescos
se abrirán sazonados, los sueños romancescos
como las uvas rojas que estallan en la parra
Sonará la alabanza de oro de la cigarra,
y, estarán solitarias las sendas albicantes,
las arboledas gárrulas y las granjas distantes

Horas hay para entristecernos

Entonaremos, juntos claros aires sencillos
con la dulzura geórgica de alegres caramillos
Transcurrirán las horas livianas e indolentes,
y, cuando callen, trémulos, nuestros labios ardientes
susurrara la alberca, sonoro caracol,
donde se escancia el vino opulento del sol

Horas hav para entristecernos

Ya maduran los gajos El dia nos convida
a beber en el cántaro lozano de la vida
Huyamos, como pájaros, al bosque reluciente,
hoy, que como una aldeana, blonda y adolescente,
la novel Primavera ha volcado su cesta
de frutas y canciones en la verde floresta

Horas hay para entristecernos,
mientras tanto,
soltemos nuestras palomas íntimas

EL MAR SONOROSO



EN EL AMANECER

Se despereza el alba entre ónix y alabastros
cuando ya sobre el orto las barcas rumorosas,
despliegan en el aura sus velas pudorosas
con rumbo a las comarcas donde mueren los astros

¡Con que candor se alejan en las aguas remotas,
estiradas las proras como escuchas marinos!
Frescos cantos plebeyos despiertan, cristalinos
con la vocinglería jovial de las gaviotas

El viento matutino estremece impaciente,
los esbeltos velámenes que crujen dulcemente
Aún ondea en las brisas el último cantar

Y las trenzas del sol, nacientes y románticas,
se enredan en las velas de las naos atlánticas,
que huyen enamoradas del misterio y del mar

PESCADORES EN LA TARDE

Como se extingue el día, los recios pescadores
atan sus negras barcas, las lonas amainadas,
han tendido las redes en las aguas cansadas,
que exhalan, tenuemente, mil huraños rumores

Se ven sus rostros mates curtidos por la fresca,
y sus brazos morenos, tatuados por el viento,
arrastrando las cuerdas Mientras el ojo, atento
en las aguas traslúcidas, adivina la pesca

Voces de ánimo escapan de las roncas gargantas,
y las ondas pesadas curvándose a sus plantas
en la arena barbotan siempre las mismas preces

Los músculos se aúnan en esfuerzos postreros,
y como hipnotizados por los blancos luceros
surgen del mar fecundo los irisados peces

RIO INDIGENA

En el río nativo que ondula somnoliento
navegan las balandras tras ignotas estelas
La paz del infinito se ha dormido en las velas
Dócil como un esclavo, está sumiso el viento

Ellas surcan las aguas entre sombrosas quintas
donde crece el ahué y el naranjo morocho,
e inmóvil como un bronce, en la popa, un jarocho
resucita la fábula de las razas extintas

Los jaguares auscultan el salvaje horizonte
Es tan hondo el silencio que se escucha en el monte
el temblor de los astros junto al ramaje umbrío

Y antes que el alba cante por las indias colinas
empapadas de luna las balandras cetrinas
hienden, supersticiosas, la piel azul del río

MAR DE SIESTA

El sol traspasa, lento su meridiano
Flota una boira baja, fosforescente,
y, la acuarela tórrida vive latente
bruñida por el oro del resolano

Las gaviotas persiguen vanas estelas
Callan las lenguas híbridas de los marinos
bajo el sopor caliente de negros vinos
En la atmósfera, lacias, sueñan las velas

¡Como esta torpe abulia detiene el remo!
Derrocha el cielo, inmóvil, su azul supremo
El lomo fatigado del mar se tuesta

Las velas siempre ávidas de lejania,
navegarían, trémulas de fantasia
pero el viento indolente, duerme la siesta

MAR PAGANO

Llega un viento salobre Leve arrebol
ruboriza las nubes, níveas y puras,
donde duermen las diosas de albas cinturas
Como una lona náutica se anuncia el sol

Las olas espumosas, veloz cuadriga,
se encabritan hinchando sus pechos de oro,
y hace chasquear el viento frío y sonoro,
su latigo flexible como un auriga

Resuenan estruendosas las olas hímnicas,
azules y festivas las aguas rítmicas
retozan bajo el ancho cielo amapola

Y, luciente de espumas y de mariscos
Anfitrite, desnuda, sopla en los riscos,
con sus pulmones jóvenes, la caracola

MAR HURAÑO

Muere el sol Los pesqueros sobre sí se repliegan
El mar vinoso y aspero yergue su crin bravia
Y ellos, graves, indagan la móvil lejanía
del ponto levantisco ¡y las barcas no llegan!

Las cabañas desiertas en la playa aldeana
demacradas, se agrupan, como salvajes hordas
¡Y pensar que zarparon con el sol en las bordas
cuando sus hebras de oro trenzaba la mañana!

Las redes del crepúsculo sobre el mar se despliegan
turbias y presagiosas ¡y las barcas no llegan!
Arisco, muge el viento con su broncinea voz

Sobre el acantilado se recortan, sañudos,
los perfiles marinos, escrutadores, mudos
Si volverán las barcas sólo lo sabe Dios!

LA LEYENDA DEL MAR

¡Oh el mar aventurero, indómito y fluctuante
altivo como el viento, como el pájaro errante!
Fuente inmortal de ideales, su alma limpia y cantora,
llena de azules voces la esbelta cantimplora
que a la luz matinal sorbe, alegre, el barquero
y exalta el desvarío del segundón postrero,
que quita el rancio orín de su escudo sonoro
anheloso de glorias lejanas y de oro

El es quien a empellones lleva a las anchas lonas,
que hidropicas de viento se alejan retozonas
en demanda de hazañas y tierras de conquistas,
donde haya corindones, sándalos y amatistas,
el mar, que en la nobleza de las arboladuras
enciende un romancesco vértigo de aventuras,
y une al opimo ensueño de las jarcias hinchadas
las épicas bravezas de sus olas saladas!

Cuando azuza la aurora sus piafantes corceles
y zarpan de los puertos los mercantes bajeles,
los audaces navios, trasunto de epopeyas,
con sus ilustres flamulas o sus lonas plebeyas,
detras de los velámenes, traficantes o hidalgos,
marchan, recias, las olas, como impacientes galgos,
avidos de horizontes nerviosos los ijares,
voceando con estruendo sus himnos seculares

¿Y, luego, ellas no vuelven a las mismas arenas
trayendo nuevas velas, albeadas o morenas?
Entonces, tornan lentas las aguas cantarinas,
y el refluir balbuciente de sus fuerzas marinas
forja en los arrecifes armoniosas cerámicas
Si hay viento el martillar de las olas dinámicas
imprime en los peñones su rudo señorío,
con la pujanza altiva de un cíclope bravío

Y es polícromo el mar Su dorso proceloso,
es purpúreo unas veces, a veces herrumbroso,
y oro resplandeciente cuando en la rubia siesta
como un dios opulento bajo el resol se acuesta
También el mar es música Aguzando el oido
aun mismo en el reposo su silencio es sonido
Heraldo de la aurora, nocturno cancionero,
tiene su alma divina la ceguedad de Homero

Nómada como el pájaro, sin bridas como el viento,
él hincha los pulmones como un toro sediento,
encrespando los recios músculos altaneros,
mientras que las codicias de sus palafreneros
el Favonio bizarro, o el Pampero insolente,
inflaman la fiereza de su sangre valiente
señalando al orgullo marcial de sus bridones
la ruta inextinguible de las constelaciones!

SUEÑOS MISTICOS
Y FLORECIDOS

FRISO MISTICO

Por el camino blanco marchan contritos
los monjes centenarios de la abadía,
meditando breviarios Al irse el día,
por el camino blanco marchan contritos
en larga caravana, tragica y pía.

Barbas pontificales, barbas de plata,
idealizan sus férvidos rostros sagrados,
y, empuñando los mangos de sus cayados
que a la luz del crepúsculo florecen plata
como sombras que fueren marchan callados

Venerables ascetas, austero rito,
practican en las horas santas del día
Con los dorsos curvados hacia la vía
sus almas se remontan a lo Infinito
en un extasis mudo de eucaristía

A lo lejos la torre del monasterio
comenta en lengua de oro sacros escritos,
mientras los viejos monjes marchan contritos
con su andar de fatiga, paz y misterio
que evoca, en el poniente, bíblicos mitos

Muere el dia En el friso del horizonte
lucen las barbas cándidas como alabastros
Y, al escalar los santos el arduo monte
en el altar supremo del horizonte
como si fueran cirios prenden los astros

IDILIO MISTICO

¡Oh las místicas tardes en que sueño a tu lado,
cuando tus manos trémulas despiertan el teclado!
Y en la estancia impregnada de aromas ancestrales,
las notas se remontan, como aves otoñales,
buscando, en la penumbra, los abiertos vitrales

En la paz de las horas liberta el viejo clave,
ideales ignorados, con su embrujada llave
Nuestras almas herméticas transfunden sus tesoros,
sus olíbanos íntimos, sus seculares oros,
bajo el imperio extraño de los ritmos sonoros.

Al levantarse aéreas las límpidas escalas
vuelan, también, los sueños cual si tuvieran alas
Y, al igual de las viejas estampas medioevales,
en la página intacta de los vientos pradales,
diseña un ave errante nuestras dos iniciales

Sobre el poniente exangue, escueto en su abstinencia,
ora un ciprés en éxtasis, haciendo penitencia
Trascienden tus ojeras a divinos manzanos
Las primeras estrellas se posan en tus manos
que tienen el aroma de los siglos lejanos

¡Oh las místicas tardes en que sueño a tu lado,
cuando tus manos trémulas despiertan el teclado,
y de la estancia llena de unciones ancestrales,
nuestras almas, unidas, cual palomas nupciales,
se van al cielo virgen que azula los vitrales!

AQUELLOS OJOS

Eran aquellos ojos, inmensos y rasgados
Los conocí hace tiempo, siempre puros e iguales,
quietos, como el ensueño de los claustros sellados
En las horas de éxtasis vibraban musicales
al igual de esos pozos frescos, de aguas cantantes
Jamás los vi cerrados Fijos en los caminos
contemplaban, absortos, el ir de los viandantes
con la ignota indulgencia de los rostros divinos

Solía verlos, ya tarde, bajo un rayo postrero,
y cuando me miraban, mi alma ardiente y gozosa
se sustraía al fragil tiempo perecedero
Pero han pasado lustros La rueca silenciosa
sobre mi adolescencia devanó su telar
Los antiguos ensueños de mi alcázar interno,
como las naves nomadas que buscan cielo y mar,
se han perdido, uno a uno, rumbo al azul eterno
Como las naves nómadas, bogan, lejos, remotos
Sólo del fondo ambiguo de los tiempos vividos
siguen, siempre, mirándome esos ojos devotos
quietos, como la vida de los claustros dormidos!

EL MONJE

Vive alegre su vida, humilde el corazón,
bajo la albura intacta de un santo escapulario,
sintiendo el goce místico de la maceración,
en el convento en ruinas, viejo y estacionario

En la quietud beatífica duerme la hora impavida
cantada por el bronce de un campanil sonante
El cielo es lapiz-lázuli Y una atmósfera grávida
de sol y de sahumerio baña el claustro fragante

Salmodia el enclaustrado su fervor en el huerto
plegando las dos manos, rigido como un muerto
La esquila conventual apaga su bullicio

Es la hora de sexta Y tramonta la tarde,
y, mientras reza el monje, divinamente, arde
una lampara de oro bajo el tosco cilicio

EN LA ALTA NOCHE

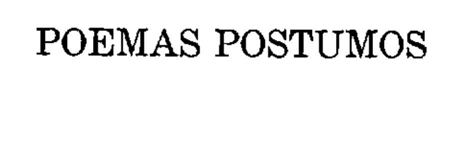
Es la alta noche Un denso recogimiento oprime
el huerto monacal silenciario y sublime
Vela, insomne, el convento En su quietud interna
suena el chasquear metálico de la vieja cisterna
mientras sienten los muros, ornados de vestiglos,
en su carne de piedra la gesta de los siglos

Acaso en el sosiego se oye un suspiro acezo,
o alguna voz fanática que rosma, grave, un rezo,
o el ir de unas sandalias por los patios sellados,
los penitentes purgan los mundanos pecados
con la fruición ascetica del dolor solitario,
bajo la advocación del astral sagitario

El misterio espabila la paz de los velones
que se alimentan de ocio y de supersticiones,
florecen los milagros en la sombra claustral
donde tiembla la unción de la luz sideral
Y, flota, en todas partes, un divino deleite
en el árbol añoso y en el candil de aceite

En la hora ominosa en que graznan los cuervos
emergen de sus celdas los tonsurados siervos,
mudos, en sus cogullas sigilosas y austeras,
como lobos velludos, sedientos de quimeras,
bajo la pesadilla de sus fiebres noctambulas
van a lamer los astros en las fuentes sonámbulas

Poco a poco la sombra se azula, levemente,
en la ventana abierta y en el arbol paciente,
que se recorta inmóvil sobre un prado de lirios,
y, cuando apaga el dia los demacrados cirios
se remoza la égloga monjil de la campana
con la ablución de luz de la nueva mañana!



POEMAS POSTUMOS



POEMAS POSTUMOS*

VOCES ALTIVAS (1)

L'homme est un apprenti, la douleur est son maître,
et nul ne se connaît tant qu'il n'a pas souffert

LA NUIT D'OCTOBRE A DE MUSSET

Bienvenidas las horas de dolor, horas rudas,
de rebeldes apóstrofes, de miradas sañudas
Horas sanas de sombra, graves como la muerte,
sanas porque en la sombra se cría el alma fuerte
bizarra como el yelmo, dura como el broquel,
pues cuanto más el hierro castiga nuestra piel
es mas grande el orgullo de triunfar con esfuerzo,
mas erguida la frente y más pujante el verso

(*) Los numeros arábigos, del 1 al 10 que acompañan ya el título ya la numeracion romana que sustituye a éste y que obedece al orden de la publicacion de los ocho primeros poemas en la revista "Ariel la primera en publicarlos en su conjunto debe interpretarse como sigue Del 1 al 8 revista Ariel' Año II Nº 22 Octubre de 1921 6, 7 y 8, revista 'Pegaso, Nº XXVII Año IV, Setiembre de 1920, 3 4 y 7, Juana de Ibarbourou, *Páginas de Literatura Contemporánea,* Montevideo, A Monteverde y Cía 1924
El poema numerado 9 — uno de los más dramáticos del poeta titulado "Este otoño' — fue mantenido inédito durante largos años a pesar de su evidente valor documental y poético ya que en él A H Lerena Acevedo logra una sintesis de las tres instancias analizables en su obra la voluntad de representación plástica, la casticidad verbal sobrepuesta a la evocacion de un mundo bucólico o eglógico y la final aceptación elegíaca del propio destino personal Constituye un dato curioso el que consigna que una de las personas de la familia del poeta se habría negado a la publicación de 'Este otoño' enseguida de su muerte por parecerle poco acorde con la línea estética de éste la auto-imagen como un lobo malo, velludo y sombrio La imagen del "lobo velludo' parece expresar en la obra de A H Lerena Acevedo, la idea de aislamiento de soledad

Como al morir la tarde crece en bríos la llama
así, bajo el dolor, la voluntad se inflama
de heroísmo Y a veces es tal la hegemonía
que asume, virilmente, nuestra humana energía
que en vez de ser vasallos de la vida, forjamos
nuestro propio destino como señores y amos!
Mientras tanto lo estéril, lo que fue vano ideal,
lo que es encanto frágil y contento trivial,
con ascético esfuerzo, el corazón olvida,
— ¡arranquemos la flecha aunque mane la herida! —
y, así solo, el espíritu, enclaustrado en sí mismo
verá alzar como un astro su mejor optimismo
sobre el haz de la vida
El dolor es la ley
que al señor vuelve manso y da altivez al buey,
y es la espuela encendida que hace valiente al bruto,
y el vigor que alza el brazo para coger el fruto
En tanto su faz recia no asome en nuestro umbral,
llevemos un crespón prendido en el ojal
¿pues qué confianza fuerte habrá en nuestro valor
si nunca hemos medido la energía interior?

---

cf "En la Alta Noche" en *Praderas Soleadas* El poema fue rescatado del olvido por Hyalmar Blixen, quien, en 1940, lo entregó a Don Orestes Baroffio, Director de la página literaria del diario El País de Montevideo, donde se publicó con una notícula del mismo O Baroffio y acompañado por un artículo de Vicente Basso Maglio

Los tres poemas comprendidos en nuestra numeración 10, — 'Tríptico Azteca — son totalmente inéditos recogiéndose por vez primera en esta edición El tema, tan ajeno al conjunto de la obra de A H Lerena Acevedo, aparece, sin embargo, inicialmente, en 'Río Indígena dentro de *Praderas Soleadas* No solamente el interés histórico sino la curiosa calidad atmosférica lograda en el tríptico y algunas imágenes como "un colibrí flechado de luz justifican su publicación — *G Z*

¿No dilata el sufrir nuestro vital aliento?
¿no es más ancha la llama cuando la insufla el viento?
Y después del dolor una santa alegría
es en nuestros espíritus el pan de cada día
De súbito, otra vez, la vida se colora
como los claros plátanos cuando rompe la aurora
Y de nuevo una voz canta en el corazón
con la confianza ardiente de una nueva ilusión
y la sonora gracia de una fresca campana.
Y asoma — como un niño curioso en la ventana —
la inocente alegría de un rosal Un relente
de estrellas matinales alumbra nuestra frente
Torna a la sangre ardor y a los músculos calma
Y allá, inquieto en el ángulo mas íntimo del alma
de pie — como en la mano del hidalgo la lanza —
surge encrespado un trémulo penacho de esperanza
inmortal, de linaje inmortal, noble flor
de silencio, de sombra, de ansiedad   de dolor!

LAS COLEGIALAS (2)

¡Colegialas, llenas de dulce inconsciencia
olorosas como senderos en flor
que en los labios tienen la intacta inocencia
y el divino instinto del primer amor!

Cuando en los olivos se estremece el día
rezan siete rezos ebrias de emoción
y con ellas reza la antigua mongía,
donde canta el agua su fresca ilusión

Y, luego, el recreo bajo el sol piadoso
la vida en las venas quiere restallar
¡Oh las infantinas locas de alborozo
que como nidadas se echan a volar!

¡Cómo son de gráciles sus talles cimbreños!
¡Cómo son de tímidas sus calladas manos!
A convento huelen sus rizos sedeños
los corpiños cándidos a claros manzanos

Madre Superiora las mira extasiada
plegando las manos finas y abaciales,
mientras se alza nítida la alegre algarada
en el aire ungido de oros matinales

Y en vano las celan austeros cerrojos
y echan siete llaves sobre el corazón,
Primavera alumbra de ensueños sus ojos
y anuncia en los labios pródiga sazón

Por todo se turba su inquieto latido
por nada se encienden en luz sus mejillas
¡Como un monje humilde todo estremecido
yo quisiera hablarles siempre de rodillas!

¡Oh, cuánto misterio, cuánto sortilegio
sus ojos encierran! ¡Oh las colegialas!
que irrumpen en bandas del claro colegio
rumorosas siempre, ¡Pajaros sin alas!

¡Colegialas llenas de infantil pureza
olorosas como caminos en flor,
que tienen la fiebre de Santa Teresa
y la llama trémula del primer amor!

I (3)

Tienes el alma llena de sol y de frescura
y el color de la fruta cuando recién madura

y el inefable encanto del hermético huerto
cuyo divino umbral sólo Dios ha entreabierto
y la ondulante gracia de los vasos paganos
y fiebre en las ojeras y candor en las manos!
y en los labios el vértigo de frutales ofrendas
y los desnudos brazos como aromadas sendas
donde han puesto los astros su blancura fugaz,
y tienes ¡mas no hablemos, por Dios, no hablemos más!

II (4)

¿Por qué, si nos queremos, siempre nos separamos?
¿Por qué alejarnos tanto si tanto es nuestro amor?
Siempre es la misma historia! Ya es la hora Y nos
[vamos
por encontradas sendas, lívidos de dolor

Apenas si los ojos se encienden en preguntas
y callados se cuentan su divina congoja,
apenas si un instante las manos estan juntas!
Es más larga la dicha del pájaro y la hoja

Y nos vamos tan lejos uno de otro, tan lejos
que ni tu voz escucho, ni escuchas tú mi voz
En la tristeza muda de los caminos viejos
la polvareda blanca se eleva entre los dos

El reloj da una hora con su lenguaje lento
y nos ponemos palidos como el rostro de un santo,
y un adiós! todo trémulo se deshace en el viento
¿Por qué nos separamos si nos queremos tanto?

III (5)

Tenía tantas cosas que decirte! Tenía
tantas palabras buenas que contarte al oído!
Pero nada te he dicho de tanta fantasía
y tanto amor! Y ahora ya es tarde y ya te has ido!

Cosas que en el silencio de mi cuarto vacío
he forjado soñando con unción infinita,
en tus manos que siempre tiemblan como de frío
y en tus ojos muy grandes, llenos de agua bendita

Y he buscado — recuerdo — las palabras mas puras
para que no sintieras miedo de tanto amor,
palabras que los labios sólo dicen a oscuras,
que tambien tiene el alma su divino pudor

Tenía tantas cosas que decirte! Tenía
tantas palabras buenas que decirte al oido!
Pero nada te he dicho de tanta fantasia
y tanto amor! Y ahora ya es tarde y ya te has ido!

IV (6)

No me mires asi Ya es mi dicha lejana
Y como un viejo monje todo cansado estoy
Y, tal en las vidrieras de mi oscura ventana,
el agua cae sobre mi vida   y nada soy

Yo soñaba (oh, los claros ensueños de mi infancia!)
que a mi sonora voz se abrirían los montes,
que mi senda sería toda ensueño y fragancia
y que todo era estrellas tras de los horizontes

Y que fresco estaría siempre mi corazón
como la clara sombra de los azules ríos,
que las horas vendrían cargadas de ilusión
como en el alba llegan los alegres navíos

En vano busco el astro bueno de mi destino
Con la mirada trémula, en mi ventana estoy,
y estoy pálido como la tierra del camino .
no me mires así, que nada soy.

V (7)

Abre bien la ventana, madre que esta mañana
hace bien a mi pecho, ávido de vivir,
y es buena para amar. Abre bien la ventana
ella, a estas claras horas, me prometió venir

Mira bien Quizá el tronco de algún antiguo pino
en el sendero claro te impida ver su marcha
Ponte los viejos lentes, que es muy largo el camino
Hoy no dirá que hay frio, ni que hay viento, ni escarcha

Tan pronto la distingas, sabrás cuál es, pues tiene
la alegria del pajaro y el candor de la infancia,
pero ¡cómo se tarda! Dime, por Dios ¿no viene?
Oigo unas campanadas lentas en la distancia.

Cierra bien la ventana, madre El aire está puro
y embriagado de dicha, parece sonreir,
y es bueno este sol pero, deja mi cuarto oscuro
¿Para qué he de curarme si ella no ha de venir?

VI (8)

¡Señor! Cuida por ella, que es dulce y transparente,
temerosa de ti, y es tan buena y tan niña
que hay más bondad en su alma, que agua clara en la fuente
y tiene el matinal olor de la campiña

Unge su corazon con tu místico vino
que sea huerto cerrado, y sea lirio y paloma
Ahora que radiante como un alado trino
toda la Primavera por sus labios se asoma

Yo aunque vivo callado, — temblando en el olvido
como una triste lámpara, — sufro alegre mi pena
Para mi nada pido, ni nunca te he pedido
Pero, cuida por ella ¿no sabes? ¡Es muy buena!

Y una infinita gracia y una eterna inocencia
pon en sus ojos húmedos de frescura y de amor
Y pon tu luz divina sobre esa adolescencia
que abre sus blancas alas ¡Es tan niña, Señor!

ESTE OTOÑO (9)

"¡Oh, el presentimiento de los grandes fríos!"

M. MAETERLINCK

Este otoño, madre, voy a tener frío
Cuando en el crepúsculo, bajo el cielo umbrío
vuelvan los leñeros, curvados, de lejos,
cómprame unas rajas, unos troncos viejos
como aquellos mismos que en mi muerta infancia
poblaban mis sueños de grata fragancia
Te lo digo, ¿me oyes? voy a tener frío.
que estoy triste y débil y un color sombrío
toman las llanuras, los campos linderos
¿No ves que estoy blanco como los luceros?
Ya no me conocen, allá, en los barrancos,
allá por los pueblos, por los pueblos blancos
y por los varales Las mozas esbeltas
de pupilas negras y de trenzas sueltas
que otrora risueñas jugaban conmigo
cortando cerezas o espigando trigo,

ladinas y ariscas, como los gorriones,
se alejan al verme como los gorriones
Y el año pasado ¡qué lozano estaba!
cuando en las laderas el día apuntaba
iba con mis cabras rumbo a la hatería
que queda en los lindes de la serranía,
y cantaba al viento, por los majadales,
coplas rumorosas y primaverales
que iba repitiendo la lejana fuente
Y en las claras tardes, cuando del poniente
volvían transidos, por sus derroteros,
con su carga al hombro los viejos leñeros .
¿No te acuerdas, madre? ¡Si parecen sueños!
¡Cuantas veces riendo les tome sus leños
y alivié sus cargas y me fui con ellos
ágil y dichoso bajo los destellos
de los grandes astros que recién se abrían!
¡Y cómo mis carnes entonces latían
y mis sueños todos hallaban hartura!
Y ahora estoy triste, vago sin ventura
como un lobo malo, velludo y sombrío
al que todos temen en el caserío
Me siento en los poyos todas las auroras
y paso las horas muertas y las horas
arqueando, en silencio, mi espalda friolenta
bajo el sol dorado ¡y el sol no calienta!
Y ando en los caminos, de prisa y huraño,
como si rastreara tras algún rebaño
perdido en la bruma de los horizontes

Si me quieres, madre, cuando de los montes
vuelvan los leñeros, viejos y morosos,
cómprame esos leños robustos y añosos,
esos mismos leños que en mi muerta infancia
sahumaban mis sueños de casta fragancia,
sahumaban mis sueños puros y aromados
como aquellos días azules, pasados
Que siento sin fuerzas este cuerpo mío,
que este otoño, madre, voy a tener frío,
madre, mucho frio

POEMAS INEDITOS



TRIPTICO AZTECA (10)

I

Olientes a resina, curvas las negras proas,
dejando un largo surco de esmeraldas y de oro
con la lujuria azteca de algún viejo tesoro
sobre el verde horizonte navegan las canoas

Rígidas, como ídolos, se adormecen las boas;
rompen los cardenales en milagroso coro
y el caracol del indio sueña triste y sonoro
perdiéndose en el río sus primitivas loas

Pasan los suaves torsos de los dulces isleños
curvados por el peso secular de sus sueños
como se curva el árbol bajo la fruta ingente

Se escucha el chapotear claro de las piraguas
en los verdes juncales, en las argenteas aguas ..
Y el caracol del indio sueña triste y muriente

II

Es más clara la voz en el hondo reposo
de los palacios indios de aquel tiempo distante
El son de las ajorcas se escucha repicante
en el fondo del patio tranquilo y sonoroso

Un colibrí, flechado de luz, canta gozoso,
mientras el sol calienta su plumaje fragante
Y un mancebo de bronce, inmóvil el semblante,
se contempla en el agua pensativa del pozo

Las ánforas alargan su alto cuello, sedientas,
los plátanos remozan sus copas opulentas
en la azul juventud de la mañana indiana

Trepidan los colores con un temblor divino
y el aire, decantado como un añejo vino
tiene una transparencia milagrosa y lozana

III

Y caía el silencio sobre el patio florido.
Hilaban las criollas reclinando la frente
y un flamenco, dorado por el sol del poniente,
desdoblaba su imagen en el pozo dormido

Los cántaros timbrados, en un rincón perdido,
despedían inmóviles un brillo refulgente
Y ellas, hilando cáñamo con mano negligente,
tenían, de los sueños, el mirar distraído

Trascendía un olor de frutas comarcanas
momificando todo las doncellas indianas,
el flamenco, los vasos pulidos y las palmas

Y caía el silencio sobre los patios muertos,
sellando, con el índice, los labios entreabiertos
y desatando el sueño de las núbiles almas.

FIN

APENDICE

Debemos a la señorita Susana Salgado Gómez, Licenciada y Profesora en nuestra Facultad de Humanidades, y responsable del departamento de musicología de la Casa de la Cultura del Concejo Departamental de Montevideo, los siguientes datos El compositor uruguayo Luis Cluzeau Mortet (1888 - 1957) estaba muy vinculado con Julio Lerena Juanicó, de quien se ha hablado en el prólogo a esta edición pariente, consejero y amigo de Andrés Héctor Lerena Acevedo Es verosímil que el encuentro entre Cluzeau Mortet y Lerena Acevedo se haya producido en casa de los Herrera Lerena, a quienes el compositor y Julio Lerena Juanico frecuentaban asiduamente

Fue este último quien incitó al compositor a escribir una serie de "lieder" sobre poesías de compatriotas Tanto encarnó esta idea en Luis Cluzeau Mortet, que una lista —citada en su tesis por la señorita Salgado Gomez— de estas obras, arroja una cifra de 95

Luis Cluzeau Mortet puso en música las siguientes poesías de Andrés Héctor Lerena Acevedo

"Río Indígena" (de *Praderas Soleadas*), compuesta en 1918, estrenada, según datos fidedignos, el 25 de Agosto de 1921 en el Teatro Solís por Luisa Valdés, acompañada

por el autor Esta canción fue dedicada a Alma Reyles (Impresa en 1918, con el sello Ricordi, en Montevideo)

"Tenía tantas cosas que decirte ", de las poesías póstumas, compuesta en 1928, estrenada el 6 de Junio de 1933 en el Estudio Auditorio del Servicio Oficial de Difusión Radioeléctrica (S O D R E), por María Lavinia Piccioli acompañada por el autor (Ms , en el Museo Histórico Nacional)

"No me mires así ", sin fecha, compuesta presumiblemente entre 1929 y 1930 Se ignora si fue estrenada en publico (Ms , en el Museo Histórico Nacional)